

JAVIER PRADERA

ITINERARIO DE UN EDITOR

Jordi Gracia ed.

Trama editorial

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



De los textos de Javier Pradera,
© Natalia Rodríguez-Salmones Cabeza

© de la introducción y notas, Jordi Gracia

© del epílogo, Miguel Aguilar

© 2017, Trama editorial
Blanca de Navarra, 6
28010 Madrid
Tel.: 91 702 41 54
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA
Controversia, los diez (www.losdiez.es)

DISEÑO GRÁFICO
Miguel San José Romano

ISBN 978-84-945692-3-4
DEPÓSITO LEGAL M-30527-2017

Impreso en España - *Printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. EL MEJOR OFICIO DEL MUNDO 9

Jordi Gracia

PRIMERA PARTE. DENTRO DE LA EDICIÓN

0. LA ÚLTIMA DETENCIÓN DE JAVIER PRADERA

Carta a Arnaldo Orfila de 10 de diciembre de 1963 25

I. LOS INFORMES DEL GERENTE

Cartas al Fondo de Cultura Económica en México: 1963-1967 33

2. DESDE SIGLO XXI

Cartas de un conflicto crónico 73

3. A CORAZÓN ABIERTO

Las razones de una despedida.

Dos informes sobre Alianza Editorial en 1989 99

SEGUNDA PARTE. DESDE FUERA

4. EL OFICIO DE LA EDICIÓN

Un autorretrato 121

El editor ante el espejo 129

5. HISTORIAS PARTICULARES

El exilio de vuelta 143

El primer editor: 'Pancho' Pérez González 149

Cincuenta años con Taurus	155
La imprescindible traducción	167

6. SEIS SEMBLANZAS Y DOS ENTREVISTAS

Arnaldo Orfila. Un editor ejemplar	177
• Una entrevista en 1978	178
Carlos Barral. Símbolo y maestro	187
Tres hombres de Alianza Editorial	
• José Ortega Spottorno. Las dianas del arquero	189
• Daniel Gil	192
• Javier Pradera a los 50 años: una entrevista	196
Mario Muchnik. El mejor oficio del mundo	203
Jorge Herralde. La virtud, los tiburones y la Red	205

7. ELEGÍA Y JÚBILO DE LA EDICIÓN LITERARIA

Apagones en la galaxia Gutenberg	209
Del ocio al negocio	225
En busca de un mundo perdido	229
El despertar de la Bella Durmiente	233
Contra la melancolía o la continuidad del oficio	239

EPÍLOGO. LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO 247

Miguel Aguilar

Para Natalia, porque la idea y el libro son suyos.

INTRODUCCIÓN

EL MEJOR OFICIO DEL MUNDO

En la reciente memoria colectiva, Javier Pradera ha quedado atrapado en su papel de analista político de *El País*: metódico, frío, a menudo sarcástico, siempre documentado. Hasta los días previos a su muerte en noviembre de 2011 requirió a Natalia para consultas de urgencia con un amigo de toda la vida, Francisco Rubio Llorente, en torno a arcanos tecnicismos constitucionales, o a amigos más recientes, como Joaquín Estefanía, para entender cosas tan enigmáticas como el significado de una «zona monetaria óptima». Ese fue el Pradera de la mayoría de la población en los últimos veinte o treinta años porque el mundo de la edición había dejado de ser el suyo, en el sentido integral de la palabra, desde 1989¹.

Después siguió siendo editor, por supuesto, pero lo fue de otro modo: como consejero, asesor, auspiciador, instigador o promotor de libros de otros en editoriales íntimas, por decirlo así, y donde sus ideas o sus hallazgos no fuesen tenidos por ocurrencias o achaques de viejo editor nostálgico. En Taurus (y Galaxia Gutenberg) con María Cifuentes, o en Tusquets y Debate, con Toni López de Lamadrid y Miguel Aguilar, Pradera mantuvo el impulso de dar salida a libros que podían haberse quedado sin existir o sin concebirse siquiera. Incluso presidió durante la década de los noventa el premio Comillas de Biografías y Memorias de Tusquets, y mucho tuvo que ver con uno de los más poderosos títulos del premio, *Pretérito imperfecto*, de Carlos Castilla del Pino. La revista que había fundado en 1990, y codirigió con Fernando Savater hasta su muerte en 2011, *Claves de razón práctica*, fue el laboratorio intelectual que suplió los despachos editoriales y los cargos directivos que habían sido su auténtica vida íntima. ¿Íntima? Íntima si por eso se entiende

¹ Sintetizo en este prólogo la trayectoria editorial de Javier Pradera, contada de forma más extensa y detallada en mi libro *El editor invisible: Javier Pradera*, Barcelona, Anagrama, 2017.

la que circula por las venas y las ensoñaciones, las fantasías y las ilusiones puestas en ver nacer un libro a partir de un primer apunte o un destello del libro que podría ser pero no era todavía. Ese había sido su espacio natural durante más de treinta y cinco años, entre 1963 y 1989, como recordó numerosas veces el propio Pradera.

Sin embargo, el lector que deambule sin prisa por los distintos capítulos de este libro escuchará dos voces fundamentalmente. En los primeros capítulos, asistirá a la gestación en directo de un editor en formación, principiante y prudente primero, taxativo y hasta tiránico años después. La base de esos capítulos de la Primera parte, «Dentro de la edición», son sus cartas desde el despacho del Fondo de Cultura Económica (FCE) en Madrid, entre 1963 y 1967, y después sus cartas en otro despacho, el de Alianza Editorial, a la vez que actúa como director en la sombra de otra editorial, nueva en España desde 1971, Siglo XXI (hasta 1976).

En la Segunda parte, «Desde fuera», el lector escuchará la voz de la memoria de la edición y el análisis de sus derivas y mutaciones en la España de la democracia. Es un Pradera distinto, infrecuente y muy lúcido cuando medita sobre las deudas del presente hacia el pasado o cuando intenta explicar el papel que un puñado de editores del exilio, y otro puñado de editores literarios radicados en España, desempeñaron en la transformación ética e intelectual de la sociedad. Ese es el Pradera que aspira a reconstruir los hilos de la modernidad a través de la edición humanística y, por eso, necesariamente, ha de remontarse al significado de los libros importados a España tras la guerra, casi siempre en forma clandestina o alegal. Cuando en 1950 algún universitario de veinte años tenía en las manos un libro editado por el FCE, por Sudamericana o por Losada, sabía que accedía a un regalo procedente del pasado abolido: llegaban de México o Argentina manufacturados a menudo por editores y técnicos editoriales que habían vivido su primera madurez en la Segunda República y eran ahora exiliados instalados en sus respectivos destinos, sin ánimo de abandonar al país de origen a su suerte ni a su infierno. Poder comprar en Madrid, en Santander (a través de la distribuidora de Pancho Pérez González) o en Barcelona (a través de la empresa fundada por Antoni López Llausàs y los hermanos Braun, Edhasa) los tomitos anaranjados del Fondo de Cultura Económica significaba escapar de golpe a la autarquía cultural de un régimen blindado contra el pasado y el presente de Europa, y saltarse las barreras como si las barreras no existiesen.

Pero existían. En la memoria de Pradera, y en la de tantos otros supervivientes de los tiempos más sombríos, esos libros de ensayo sociológico, económico, político o cultural facilitaban una forma de maduración extemporánea e inaudita: significaban el acceso al saber abandonado en España o directamente perseguido por llevar en las páginas de respeto o en las portadas los

nombres de exiliados conocidos (o desconocidos). Traductores como José Gaos, Wenceslao Roces o Eugenio Ímaz empezaron a hacerse familiares a esos muchachos socializados en pleno franquismo y a menudo procedentes de familias tan falangistas como la de Pradera, huérfano de padre, a quien habían asesinado al principio de la guerra en San Sebastián, poco después de asesinar también a su abuelo, y sobrino de un ex director del diario *Yá*, jerarca del Movimiento y después embajador, Juan José Pradera. En su casa se crió Javier Pradera desde los dos años y pico, ya que había nacido en San Sebastián en 1934.

Pese a ese origen profundamente traumático y sistémicamente franquista, algunos jóvenes como él empezaron a fabricar las especias que les harían huir de sus entornos biológicos y domésticos al asalto de otros mundos. A menudo no estaban, esos mundos, fuera de España sino dentro, en las primeras grutas laberínticas de la resistencia y la clandestinidad política. Pradera insistió muchas veces en la gratitud a la peripecia de los libros del exilio importados en España porque de ahí arrancó buena parte de la maduración de unas generaciones y promociones universitarias que iban a urdir la resistencia del interior contra el anacronismo y el nacional-catolicismo autárquico del régimen, al menos desde principios de los años cincuenta.

El primer oficio en el medio editorial para Pradera llegará de la mano de una amistad universitaria, Gabriel Tortella, porque su padre había decidido en 1959 inyectar una imponente ampliación de capital en Tecnos. La convirtió desde entonces en un sello competente y competitivo en el ámbito de las ciencias políticas, la sociología y la economía. Para ello iba a contar con el auxilio de algunos de los maestros del propio Pradera en sus estudios de Ciencias Políticas. Se ha licenciado ya en el verano de 1955, al mismo tiempo que se hace militante comunista de la mano de Enrique Múgica, Julio Diamante y finalmente Federico Sánchez/Jorge Semprún, y a la vez que gana unas oposiciones al cuerpo jurídico del Ejército del Aire poco después, en octubre. Su auténtica vocación de profesor universitario, sin embargo, va a verse frustrada de inmediato con su detención de enero de 1958; la segunda, cuando ya es profesor ayudante de quien a su vez es ayudante de Javier Conde, Manuel Jiménez de Parga. La imposibilidad de seguir en ese cargo al salir de la cárcel después del verano, y el traslado de Jiménez de Parga a Barcelona desde 1958 para ocupar la cátedra de Ciencias Políticas, explica que Pradera orientase su vida profesional hacia *cualquier cosa* que garantizase un mínimo nivel de ingresos. Esa cualquier cosa, descartado también el ingreso en el colegio de Abogados para poder ejercer, fue el trabajo de agente comercial que obtuvo en Tecnos desde 1959 y que iba a fraguar el sorpresivo hallazgo de su vocación de editor.

Precisamente una gestión para Tecnos, en la primavera de 1962, propició su primer y azaroso encuentro en Madrid con Arnaldo Orfila Reynal,

director editorial del FCE. Fue la primera piedra de su futuro como gerente y responsable integral de los trabajos del Fondo en España. En México también saben que España ya no es igual a sí misma, como había parecido durante tanto tiempo, y promueven alguna forma de presencia real de sus libros en el país de Franco. El mercado potencial de nuevos clientes universitarios parece haber crecido también con las últimas convulsiones: son ya memoria legendaria las detenciones de febrero de 1956, cuando caen Pradera y varios de los mejores amigos de Pradera, comunistas como Enrique Múgica, Ramón Tamames, Jesús López Pacheco o Julio Diamante, o no comunistas como Dionisio Ridruejo, Gabriel Elorriaga o José María Ruiz Gallardón. En junio de 1962, cuando Orfila está decidiendo crear una sucursal del Fondo en Madrid, estallan dos bombas más: una es literaria, y se llama *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos. La otra es mediática y explota en forma de reacción desaforada del régimen –con graves represalias incluidas– contra la reunión en la ciudad de Múnich de 80 miembros de la resistencia del interior (desde el tibio monarquismo liberal hasta las juventudes socialistas y los militantes cristianos del FLP) y unos 40 representantes del exilio que lleva ya más de veinte años fuera de España².

El país cambia y en México, como en la mayor parte del exilio, identifican esos cambios desde hace al menos diez años, gracias a una información más fluida y certera de lo que tendemos hoy a creer. Javier Pradera es el hombre de casi 30 años escogido como gestor de los intereses de la más importante editorial hispánica de ensayo en ese momento, FCE, y Madrid puede ser parte de la nueva geografía de un exilio que no ha olvidado su horizonte de regreso y el lugar de sus deseos. El régimen mismo seguirá muy vigilante las labores corrosivas de esa editorial mexicana, pobladísima de derrotados en marcha, marcadamente hostil al régimen, y patentemente orientada hacia una concepción beligerante de la edición cultural: los problemas en censura serán constantes. La negociación con su jefe máximo, Carlos Robles Piquer, y con el titular del Ministerio de Información, Manuel Fraga Iribarne, requiere una atención particular en casi todas las minuciosas y metódicas cartas-memorales que desde enero de 1963 Javier Pradera escribe a Arnaldo Orfila para mantenerle al corriente de las actividades de la sucursal.

Pero a la fuerza todo irá lento porque tanto la editorial misma como su jefe en Madrid están políticamente marcados. El FCE ha desembarcado en España con el respaldo público de intelectuales y catedráticos que actúan en los márgenes díscolos del sistema, con experiencia ya de disidencia real, como José Luis López Aranguren, como Julián Marías o Pedro Laín En-

² El mejor relato de su significado está en Jordi Amat, *La primavera de Múnich. Esperanza y fracaso de una transición democrática*, Barcelona, Tusquets, 2016.

tralgo, como el economista José Luis Sampedro o Ramón Tamames, también economista, militante comunista clandestino y amigo antiguo de Pradera, como compañero de carrera es también Clemente Auger. Hay en su entorno inmediato otras aves singulares y cruciales como su cuñado Rafael Sánchez Ferlosio (se ha casado con el uniforme del ejército del Aire con Gabriela Sánchez Ferlosio en 1957 y congenia con sus otros hermanos, Miguel Sánchez Mazas y *Chicho* Sánchez Ferlosio), el latinista Agustín García Calvo y otro íntimo amigo, Juan Benet, todos ellos integrados de un modo u otro en la red de contactos naturales de Pradera. Pero es más ancha y vasta esa red, porque alcanza a miembros menos visibles o más vetados en público, como Jorge Semprún, que es por definición el hombre invisible del PCE en España, o como Dionisio Ridruejo, que es amigo personal de Pradera y ha pasado al lado oscuro de la fuerza desde 1956.

La inauguración de la sede barcelonesa del FCE al año siguiente, en 1964, ratifica que los contactos catalanes de Pradera son esenciales. Los primeros tienen que ver con las letras y la conspiración, y coinciden casi todos en el entorno de compañeros de viaje de Seix Barral, José María Castellet, el propio Carlos Barral o José Agustín Goytisolo, pero también con el sector económico de la red de contactos, que empieza por militantes comunistas como Manuel Sacristán, que es el intelectual de referencia del partido en Cataluña, o jóvenes editores que entonces son también militantes del partido, como Octavi Pellissa o Xavier Folch. De sus labores de antena y arcilla de la clandestinidad antifranquista da cuenta estupendamente el propio Pradera cuando relata a Orfila con todo tipo de detalles los avatares de la última detención que vivirá, en septiembre de 1963, y por eso he preferido que abra esa carta en solitario la selección de textos.

Orfila no tendrá problema alguno en ratificar a Pradera en el cargo tras ese percance policial, pese a o precisamente por su actividad conspirativa, y adopta desde 1962 un perfil bajo. Pradera ha perdido la confianza del núcleo duro del PCE en París desde 1959, y cinco años después abandona la militancia tras los pasos de sus amigos Jorge Semprún, Fernando Claudín y Francesc Vicens, que han sido expulsados en 1964 por desobediencia e indisciplina. Quizá Pradera ha sido parte de la carcoma que actuó en la intimidad de uno de ellos, Jorge Semprún, porque fue el autor de dos extraordinarias cartas de análisis frío y desprejuiciado en 1960 sobre la labor comunista en la resistencia (las reprodujo Santos Juliá en un formidable libro, *Camarada Javier Pradera*). Posiblemente ese perfil bajo tenga que ver con la importancia de sus funciones en Fondo y con el hecho de que la editorial pueda estar vigilada, o la policía pueda visitar por sorpresa, en busca de libros prohibidos, el espléndido local que ocupan en la calle Menéndez Pelayo, 7 –un edificio diáfano con grandes ventanas: «madera, cal y libros», como escribió José Antonio Novais.